

Las Mujeres como Sujetas Subalternas

Yesenia Alegre Valencia
Sociología
Universidad de ARCIS Valparaíso

¿Somos las mujeres sujetas *subalternas*?, ¿Es la *subalternidad* una condición sine qua non del ser mujer?

Pareciera que a lo largo de la historia de nuestra Latinoamérica en particular y el de la humanidad en general, las mujeres siempre hemos ocupado un lugar de alteridad que nos instala en un rango inferior respecto a los hombres. ¿Por qué esta condición?, ¿Cuáles son los relatos que dan cuenta de ello? Y, ¿Qué ocurre en la actualidad?

Para entender cuál es este lugar, tenemos que revisar en primer término el concepto de *subalternidad*. Luego echaremos una mirada a algunos relatos históricos del lugar que han ocupado las mujeres en la época de la Conquista y en la República, para ocuparlos como ejemplo. Para terminar por revisar un relato actual sobre la condición de *subalternidad* que traspasa la categoría del ser Mujer.

Mujer como Subalterna

La *subalternidad* no se relaciona simplemente con la dominación política y económica que una elite dominante ejerce sobre diferentes grupos o clases oprimidas, sino sobre todo con formas de representación y conocimiento que la elite produce como discurso oficial acerca de estos grupos, privándolos de lenguaje propio y representación autónoma. Se refiere a la negación que hace la elite dominante de un otro cultural y políticamente diferente a ella, y que la razón ilustrada occidental está imposibilitada de representar sin reproducir la *subalternidad*, en el marco de la persistente colonialidad del poder y el saber impuesto por la elite a nivel global.

Antonio Gramsci fue el primero que habló de *subalternidad* en los fragmentados escritos de sus *Cuadernos de la Prisión*. Según Gramsci, la primera acepción del término *subalternidad* sería militar, refiriéndose a la posición de subordinación al interior de la jerarquía militar. La segunda acepción adquiere un significado más político y sociológico ya que directamente dice relación con una diversidad de grupos oprimidos, incluyendo los trabajadores, las mujeres y las minorías religiosas, entre otras. Ahora el concepto adquiere la singular potencia con que se le conoce hoy, cuando Gramsci se refiere a la situación de opresión cultural y económica que han sufrido los campesinos del sur de Italia por parte de los grandes terratenientes. Recordemos que Gramsci le presta especial atención en sus escritos al sur de Italia por su condición rural y subdesarrollada en relación a un norte moderno e industrializado. (Green, M. 2002)

Es a fines de los años '70 cuando, a raíz de una reunión de académicos indios, el marxista Ranajit Guha, quien lidera este encuentro, constituye el Grupo de Estudios Subalternos del Sur Asiático. Lo que hace Guha es pedir prestado el concepto gramsciano de *subalternidad* y utilizarlo para construir una relectura de la historia e historiografía de la India y proponer una nueva mirada sobre las relaciones entre hegemonía y dominancia. (Szurmuk, M. Mckee, R.) Guha señala que lo *subalterno* estaría indicado a través de "el atributo general de subordinación en la sociedad del Sureste Asiático ya sea que ésta se exprese en término de clase, casta, edad, género, oficio o de alguna otra manera" (Szurmuk, M. Mckee, R.).

Es recién en los años '90 que esta corriente de investigación historiográfica tiene recepción en Latinoamérica. Es en Bolivia donde se publica la primera compilación en español de la revista Estudios Subalternos (1997), a instancias de Silvia Rivera Cusicanqui. Esta influencia tiene dos vertientes en Latinoamérica: una relacionada con crítica literaria y otra con la historiografía.

Los académicos cercanos al marxismo, provenientes del latino americanismo e instalados en universidades estadounidenses, imaginaron que esta corriente tenía una relación más que casual con sus preocupaciones. Tomando la idea y la forma del colectivo organizado alrededor de Guha, decidieron formar un grupo similar en torno a los estudios latinoamericanos (Rodríguez, R. 2011).

Este grupo emergía en el contexto del desgaste y agotamiento de los discursos emancipatorios de las izquierdas de Latinoamérica, como también de las transformaciones demográficas, políticas y epistemológicas generadas por las dictaduras en la región durante los años 70s y 80s. Es así como en su Manifiesto constitucional, el grupo declara... “El actual desmantelamiento de los regímenes autoritarios en Latinoamérica, el final del comunismo y el consecuente desplazamiento de los proyectos revolucionarios, los procesos de redemocratización, las nuevas dinámicas creadas por el efecto de los *mass media* y el nuevo orden económico transnacional: todos estos son procesos que invitan a buscar nuevas formas de pensar y actuar políticamente...(Rodríguez, R. 2011). Estos autores se dedican a repensar los límites de la producción académica, realizar una crítica al historicismo y la relación entre literatura y poder, repensar lo latinoamericanista y develar el agotamiento del pensamiento regionalista identitario. Junto con esto se realiza una crítica a la academia norteamericana y europea, puesto que estaría reproduciendo, a través de sus relaciones de poder y subordinación intelectual, la misma *subalternidad* (Rodríguez, R. 2011).

Es en este contexto de *subalternidad* y de búsqueda por producir nuevos relatos, que se han ido tejiendo historias al margen de lo oficial donde las mujeres han ocupado un lugar importantísimo en la generación de saberes y construcción de relatos. Desde la literatura y la historiografía se ha hecho un esfuerzo por narrar lo que antes aparecía oculto, en anonimato y sin presencia. Un esfuerzo de este estilo es el que nos permite tener algunos atisbos de lo que sucedió con las mujeres en otras épocas de la historia de Chile, como lo son la de la Conquista y la República, las que ocuparemos a modo de ejemplo.

Las mujeres de la Conquista de acuerdo a los relatos del siglo XIX

En un intento por descifrar las experiencias de las mujeres de la época de la Conquista, Vania Barraza, profesora de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Memphis, hace un intento por escudriñar los relatos literarios decimonónicos con los que se cuenta en América Latina, para indagar cuáles serían las vivencias de mujeres, tanto indígenas como españolas. “No sólo se concentra en la ficción historiográfica actual, sino que más bien, pone en relación la escritura decimonónica – moderna – de la novela histórica con su versión contemporánea, observando similitudes y diferencias con respecto a la representación de la *subalterna*, de la (s) Otra (s)” (Barraza, V. 2010) De acuerdo a la perspectiva de Barraza, las primeras en representar las experiencias de las mujeres de la Conquista y la Colonia, fueron mujeres letradas del siglo XIX. Efectivamente no existen documentos ni fuentes que den cuenta de las experiencias de las mujeres de la época colonial, sólo los relatos de ficción, basados en documentos jurídicos, religiosos y la correspondencia de la época, los que pueden convertirse en una buena brújula para deducir la vida de estas mujeres.

Es interesante poner atención a los relatos sobre la historia de la mujer indígena “Malinche”, quien es referida en relatos de la época sobre la conquista de Méjico. “Los hijos de la Malinche” de Octavio Paz, se destaca entre ellos como un texto referente para reflexionar sobre el mestizaje latinoamericano. A pesar de la centralidad de esta historia, Malinche como sujeto de discurso es una enunciación producida sólo por cronistas varones y, paradójicamente, poco o nada se sabe cómo se relacionó esta indígena con la mujer española de la época (Barraza, V. 2010).

En otro orden de relatos, se cuenta con las novelas decimonónicas “Lucía Miranda” de Eduarda Mancilla y “De brujas y mártires” de Lucía Guerra. Ambos textos dan cuenta de la relación entre la mujer indígena y la mujer española, cómo ambas desde la *subalternidad* se relacionan entre ellas en contextos de colonización.

La primera novela “Lucía Miranda” está basada en una leyenda sobre una andaluza quien, en 1526, acompaña a su esposo, Sebastián Hurtado, en una expedición liderada por Sebastián Caboto hacia el Río de la Plata y el Paraná. El segundo relato “De brujas y mártires”, da cuenta de la experiencia en América de la esposa de Pedro Alvarado, doña Beatriz de la Cueva y la indígena Niniloj (Barraza, V. 2010).

Eduarda Mancilla (1834-1892), desarrolla su novela “Lucía Miranda” a partir de relatos históricos que la hacen ubicar este libro como parte de la Historia de Argentina. Mancilla buscaba mitificar el proceso de conquista rioplatense, tratando de buscar una explicación sobre el presente de una nación en proceso de formación (1837). Su versión de Lucía Miranda da cuenta de una mujer, que desde su llegada, acapara la atención de todos, especialmente de las mujeres de la comunidad de los timbúes:

“Las indias, que, en gran número, estaban apiñadas detrás de los indios, miraban con expresiva admiración á la graciosa joven, que en extremo fatigada por la distancia que había andado, se había dejado caer sobre un montón de paja, con esa gracia especial que acompaña á todos sus movimientos, ... Las demás españolas, acostumbradas á ver siempre á la animosa Lucía, dar consuelo á todos los que sufrían, la rodeaban solícitas, ofreciéndoles sus servicios, pesarasas por la expresión de cansancio, que alteraba sus bellas facciones” (Mancilla 304) (Barraza, V. 2010).

El relato da cuenta cómo ambas mujeres, europeas e indígenas se fascinan por la belleza y los encantos de Lucia y se acercan a ésta sin importar las diferencias de comunicación o de civilidad. Con el paso del tiempo, de acuerdo al relato, Lucía se rodea de mujeres indígenas quienes se acercan deslumbradas por el físico, la apariencia y los vestuarios de esta hermosa mujer. Esta admiración es utilizada por Lucía para evangelizar a las mujeres, puesto que ella contaba con todas las virtudes cristianas que Fray Pablo le había enseñado. Se dedica a recorrer las chozas de los indígenas para hablar sobre la palabra de Dios.

Este encuentro entre civilización y barbarie se funda en un tipo de relación eurocéntrica, donde la figura de Lucia se convierte en culturalmente hegemónica, desconociendo la diferencia con la mujer indígena como otredad. La relación entre Lucía y los y las indígenas, era ciertamente una relación entre *subalternidades*. Sin embargo, la mujer europea se transforma en un modelo a seguir por parte de las mujeres timbués, basándose en la belleza y el encanto para llegar hasta las indígenas. Lucía era parte de un proyecto civilizador pacífico y educativo, según Mancilla. Ahora bien, en este relato histórico se puede apreciar cómo las mujeres indígenas, si bien son nombradas, no son las que dan cuenta o relatan la novela como testimonio histórico. Las mujeres indígenas se ubican desde un lugar de silencio y anonimato. Es la mujer europea la que da cuenta de los hechos y, utiliza esta superioridad para imponer sus formas culturales al resto de las mujeres indígenas.

Por otra parte, el relato “De brujas y mártires”, se desarrolla hacia 1541 en lo que hoy es Guatemala. Da cuenta de la violación por parte de Pedro de Alvarado a la joven indígena Niniloj, quien es llevada como esclava sexual a la casa del matrimonio. Allí Beatriz de la Cuesta conoce a esta indígena quien despierta odio y celos por las constantes visitas de su marido al dormitorio de la esclava. Odio que se intensifica cuando Beatriz se entera que Niniloj ha quedado embarazada. Pedro de Alvarado muere y Beatriz debe hacerse cargo de su fortuna y del odio hacia Niniloj.

En este texto se puede apreciar, primero que todo, la desmitificación de un célebre personaje de la conquista, ubicándolo como un bárbaro violador. *“Yaciendo de costado sobre la tierra, la mujer vuelve a sentir la carne rígida penetrándola por detrás. La espanta ese tallo venoso y resbaladizo que comienza nuevamente a horadarla reptando por los muros dóciles de su vulva, desgarrando la humedad en su textura ajena”* (Guerra, L) Testimonio que da cuenta de la violencia instalada en el período de la conquista, donde las mujeres eran víctimas de los abusos y excesos por parte de los conquistadores. El mestizaje como un acto carnal y no cultural (Barraza, V. 2010)

Ahora bien, esta novela no sólo da cuenta de la violencia del conquistador, sino también de la superioridad de la mujer europea por sobre la indígena y de las relaciones de abuso y maltrato que también ocurrían en torno a ellas. Beatriz impuso el terror y la ideología europea sobre la nativa y luego al resto de la cultura indígena. A pesar de esto, ese relato muestra cómo ambas mujeres se encontraban en una situación de *subordinación*, la una por el marido y la otra desde el lugar de esclava sexual. Mientras Alvarado está vivo, Beatriz debe contener su ira hacia Niniloj, sólo se debe conformar con tirarle el pelo o pellizcar a la nativa, pero una vez muerto Pedro Alvarado, Beatriz acusa de bruja a Niniloj y logra que se le sentencie a la hoguera.

En ambos relatos, tanto en “Lucia Miranda” como en “De brujas y mártires” se presenta una propuesta de testimonio que daría cuenta del lugar que ocuparían las

mujeres, indígenas y europeas, durante el período de la Conquista. Cuál sería su situación cívica y cómo se habrían dado las relaciones entre ellas. Por cierto, que estas relaciones *subalternas* entre las mujeres, se encontraban rodeadas de violencia, abusos e imposición de un modelo eurocéntrico de formación de nación. A pesar de este lugar de subordinación de las mujeres, entre ellas, también se daban abusos y silenciamientos. Es el caso de la indígena quien no tenía derecho a la palabra ni a la escritura. Por lo mismo, jamás sabremos cuáles fueron sus relatos, cuáles sus experiencias.

Las Mujeres de la República

En el mismo orden de relatos, al llegar a los documentos históricos que dan cuenta del siglo XIX, también se aprecia una invisibilidad de las mujeres. Los textos decimonónicos de construcción de la República se encuentran plagados de personajes ilustrados que ayudaron a dar forma a esta nueva patria. Todos hombres, la mayoría educados en Europa, representantes de la elite criolla de la época.

Pero es interesante preguntar, qué lugar ocupaban las mujeres mientras Bolívar, Bello y Bilbao entre otros, desarrollaban sus proyectos emancipatorios y de liberación. ¿A qué se dedicaban las mujeres? ¿Cuál era la relación entre ellas? ¿Cuál la relación con la elite masculina?

Desde el ámbito cultural, María de la Luz Hurtado, Socióloga, doctora en Literatura y profesora de la Pontificia Universidad Católica de Chile, a través de su texto “Cuerpo y Mujer Chilena en la Urbe Ilustrada del siglo XIX” (Hurtado, M. 2010), nos entrega ciertas aproximaciones al quehacer de las mujeres de este siglo.

“Durante el siglo XIX, las mujeres chilenas realizaron diversos gestos significativos en sus políticas del cuerpo, los que dejan entrever sus modos particulares de incorporación a los ‘deber ser’ dominantes del género femenino y que se gestaban en la modernidad ilustrada del período de la construcción de la República, en inevitable articulación con sus tradiciones coloniales” (Hurtado, M. 2010).

Gestos que se pueden rescatar para entender cuáles eran las actividades y los pensamientos de las mujeres de esta época. Mujeres que se encontraban divididas fuertemente entre lo público y lo privado, donde ellas ocupaban el lugar de lo privado, pues se encontraban confinadas al hogar y eran muy observadas en lo público.

Es así como la instalación del Teatro en los albores de la República, se convirtió en una oportunidad para salir del espacio de lo privado y mostrarse de ese modo en la sociedad. Las mujeres de la elite de la época tenían acceso a las modas y costumbres de París, ya sea por los viajes de sus maridos o porque ella mismas podían acceder a viajes como compañeras de sus familias, por lo que el teatro era una ocasión para mostrar su alcurnia y buen armario. Mientras, las mujeres esclavas o indias, quienes se desempeñaban como chinas y criadas, acompañaban a las señoritas aristocráticas, cargando para ellas sus accesorios y ropajes, de este modo también tenían un lugar en estos centros de cultura.

Es en este teatro donde comienza a gestarse la relación entre mujeres, donde el vestuario de cada una de ellas cobra especial relevancia, pues denota el lugar social que ocupan. De hecho, no todas las mujeres asisten al teatro, sino las que han tenido los recursos para convertir sus trajes desde el español al francés. Es a través de estos trajes

ostentosos que las mujeres representan su presencia en lo público “*Nadie podía mostrarse en dos o más bailes con el mismo vestido y los mismos adornos*” (Bladh, C. 2001).

Por otro lado, las mujeres que no tenían accesos económicos y por tanto no podían comprar vestidos ni pagar palcos, asistían tapadas a las funciones de teatro. Para ellas existía un lugar especial donde se podían ubicar sin ser muy vistas. Estas mujeres se tapaban el rostro con un manto negro dejando entre ver sólo un ojo. Así se convertían en las mujeres anónimas, las que daban cuenta del lugar de *subalternidad* en el que se encontraban.

Es así como el teatro de la República da cuenta de la heterogeneidad de las mujeres de la época. Mujeres repartidas en espacios de poder, donde la elite, las tapadas y las indias como las esclavas, ocupaban todas un lugar diferente y de estatus social bien determinado. Mientras en el escenario transcurrían las obras más ilustradas de Francia, pero sin mujeres en él, pues sólo podían actuar los hombres en esta primera etapa de instalación del coliseo. En los palcos y plateas, las mujeres comenzaban a instalarse fuera de sus reductos hogareños. A pesar de esta oportunidad de “salir de lo privado”, todas las mujeres, independiente del lugar que ocupen, eran sujetos *subalternos* en relación a los hombres de la época. Y entre ellas mismas, también existía una relación de *subalternidad*, entre las mujeres de elite y las tapadas y aún más, con las indias y esclavas.

Desde el ámbito de lo político - social, Gabriel Salazar y Julio Pinto, ambos historiadores. En su texto “Historia Contemporánea de Chile IV. Hombría y Femenidad” (Salazar, G. Pinto, J. 2002), nos entregan algunos antecedentes sobre el lugar que ocupan las ‘patricias y plebeyas’, en el siglo XIX.

Ya se ha señalado como las mujeres oligarcas fueron ocupando un lugar desde lo cultural, instancia desde la cual se comienza a generar un nuevo tipo de mujer del siglo XIX que cuestiona el arquetipo femenino que la Iglesia imponía, así mismo, como las negociaciones matrimoniales a las cuales estaban expuestas.

“El viejo arquetipo había tenido como biblia imperativa el “recogimiento femenino”, es decir: la instalación de la mujer ‘detrás’ de los trapos, biombos y puertas que tapiaban el tabernáculo de su sacra ‘privacidad’: vestuario diseñado para ocultar, no para sugerir; casonas y murallones contruidos para proteger la intimidad y asegurar la invisibilidad de las ‘alcobas femeninas’, calesas y carruajes adaptados para ver y no ser visto; educación centrada en la oralidad necesaria para rezar, mandar, conversar y cantar privadamente, y no en la escritura ‘pública’... gestualidad limitada, modesta, para no llamar la atención, etc. Se comprende que ese ‘recogimiento’... creaba misterio, incentivaba el encanto, encendía la seducción de ‘lo oculto’, y en el centro mismo de lo oculto, exhibía su joya, su cáliz, su licor sagrado: la virginidad. Esta era, a fin de cuentas, la ‘perla del mercader’ (Salazar, G. Pinto, J. 2002).

Las mujeres oligarcas de mediados del siglo XIX, comienzan a cambiar su estilo español monárquico por otro de corte ilustrado, proveniente desde París. De este modo, y a través de los mercaderes ingleses y franceses, la cultura de la elite comienza a transformarse: nuevos trajes, muebles y decorados que, en Europa, se hicieron pensados en la liberación de la mujer de manos de la Revolución Francesa.

La invasión de estas mercaderías fue transformando también las antiguas casonas amuralladas, emergiendo palacios con nuevos estilos arquitectónicos, los que contemplaban dentro de sus espacios, el “salón”. Espacio que se transformó en el ‘templo doméstico de la elegancia, el arte y la conversación’ (Salzar, G. Pinto, J. 2002). Convirtiendo a las mujeres en ‘damas de salón’, pues muchas de ellas eran las encargadas de ofrecer tertulias y encuentros sociales a los hombres de poder, siendo ellas las anfitrionas elegantes, cultas y muchas veces, las reinas de la fiesta.

Es en estos encuentros sociales donde comienzan a emerger las grandes discusiones políticas y culturales de la época, es en este espacio donde se construye la ‘opinión pública’. Entre poesía y tertulias, se realizaban grandes negocios, transacciones y relaciones diplomáticas y bélicas. Mientras, las mujeres de manera silenciosa, escuchaban y generaban su propio punto de vista, ellas inevitablemente también generaban ‘puntos de opinión’.

Un ejemplo de estos salones, era el liderado por la esposa del Presidente de la República, Manuel Bulnes. Doña Enriqueta Pinto de Bulnes, quien fue educada a la europea, lo que la ubicó en un lugar superior entre las mujeres de su época. Abrió sus salones al mundo intelectual y político durante la presidencia de su esposo, lo que le permitió recibir entre sus invitados a connotados personajes, entre ellos a Andrés Bello, Victorino Lastarria, Francisco Bilbao, entre otros escritores de la época. “El romanticismo francés, mezcla de literatura, calle y política, se cultivó en Chile, entre 1825 y 1846, como moda de salón, siendo la madre del movimiento revolucionario de los ‘girondinos’ chilenos” (Salazar, G. Pinto, J. 2002).

En cambio, para las mujeres del ‘bajo pueblo’, o sea, las campesinas, sirvientas, costureras, conductoras y prostitutas, la liberación no fue de la mano con las mujeres oligarcas. Todo lo contrario, estas mujeres se encontraban en las profundidades de la historia, eran golpeadas por los acontecimientos políticos y sociales que ocurrían en la otra esfera social. Estas mujeres estaban dedicadas a ser madres, pero no como una bendición sino como una carga difícil de llevar, pues no teniendo familias propias, estando solas, criar niños era una dificultad para la propia supervivencia.

Estas mujeres intentaron liberarse del sistema que las oprimía a través de ‘trabajos productivos’, como campesinas junto a un hombre de su misma condición. Como ‘artesanas urbanas’ quienes vendían los productos que generaban otros. Pero, estas acciones no fueron suficientes, pues dados los estados de guerra en que el país estuvo envuelto permanentemente, estas mujeres debían huir con sus niños, ollas y trapos. En este escenario, estas mujeres debieron hacer de todo para subsistir. En cada lugar donde paraban, ellas armaban sus ranchos y se dedicaban a ofrecer comida, alojamiento, entretención y sexo. De estos espacios es que derivan ‘las chinganas’. “Fiestas que eran focos de liberación, y espacios alternativos donde el código moral irrumpió en el espacio público alegre y bulliciosamente, a plena luz del sol, rodeado de flores, viñas, árboles frutales, cantos, bailes y licores” (Salazar, G. Pinto, J. 2002).

Es así, como entre fiestas de salón y chinganas, las mujeres de mediados del siglo XIX fueron poco a poco saliendo del espacio privado y de ocultamiento en el que se encontraban albergadas y fueron convirtiéndose en anfitrionas y líderes de opinión.

La Subalternidad en la Actualidad

Parece ser que los relatos han transitado de lo privado a lo público y luego a lo político, pero sin grandes cambios en la estructura imperante hetero-normativa y patriarcal en la cual hemos enfrentado las luchas por la emancipación. Esto nos continúa ubicando como mujeres en esferas de *subalternidad*, al igual que hoy lo están los indígenas, los jóvenes y la diversidad sexual.

Para continuar con la reflexión, creo importante señalar que una vez que hemos identificado nuestra condición de *subalternas*, podemos hacer emerger desde ese lugar, las voces acalladas por tantos siglos de opresión y ubicar nuestros relatos en espacios protagónicos que den cuenta de nuestras vivencias, nuestras necesidades y nuestras propuestas.

Aún así, me parece necesario ampliar la discusión y señalar que creo que las mujeres no somos las únicas que habitamos la *subalternidad*, ya que existen otros cuerpos que también son víctimas de esta condición resultante de la “matriz heteronormativa” de la que hace alusión Judith Butler en sus textos sobre género. Para esto ejemplificaremos con un relato.

“Voy en el metro rumbo a Viña del Mar desde la Estación Francia. El tren va deteniéndose con la exactitud habitual en cada una de las estaciones. El flujo de gente que sube y baja está lejos de repetir las estresantes imágenes del metro de Santiago, donde las personas deben viajar a empujones para poder llegar a su destino. Voy sentada, con la cabeza baja, sumergida en un mundo propio, pensando en la dignidad de viajar en metro. Al llegar a Caleta Portales, un olor marino que parece franquear las puertas impecables del carro, me distrae. Ahí veo subir una figura que me parece extraña. De estatura y corporalidad muy singulares, no supe distinguir si era hombre o mujer. Llevaba puesto un jeans que le quedaba corto y, a pesar que la basta ya estaba descosida, no le cubría el largo de sus piernas. Su calzado no decía mucho, eran zapatillas de lona que podrían haber sido usadas por cualquiera. Al subir la mirada, noté una polera azul, muy ajustada a su cuerpo fibroso. La acompañaba con un pañuelo que le amarraba la cintura. Su rostro, era aún más extraño. Tenía lentes y tras sus gafas unas cejas delineadas. Era un personaje sin género, de alguna manera.

Su figura me perturbó, más aun cuando sacó de su mochila una radio y un pendrive. Instaló el aparato y comenzó a sonar una canción... “Disculpen señores pasajeros, no es mi intención molestarles, pero les voy a cantar un poco. Espero no molestar”. Y así, sin más, se puso a cantar. Era una de esos temas clásicos de Rafael o Julio Iglesias. Mientras interpretaba, con una mano sostenía la radio y con la otra mano un micrófono. Se paseaba de un lado a otro de carro sin desafinar en ningún momento. Era una escena insólita, la gente miraba curiosa y sorprendida.

Luego vino el segundo tema. Programó su radio y continuó cantando... “linda, beso de aire puro, linda...” Se afirmaba, paseaba entre los pasajeros de pie. Ponía el micrófono en su boca, cual karaoke sabatino. Subía y bajaba su tono de voz. Al finalizar, guardó su radio y comenzó la prédica... “Disculpen la molestia, voy a hacer esto un par de

veces más no más, porque yo sé que a la gente le molesta. Pero es que tengo que conseguir plata para comprarme un remedio, porque estoy enfermo. Tengo párkinson. Había juntado dos mil pesos, pero los tuve que gastar en pagar una deuda que tenía en la universidad. Porque igual estudié y quiero terminar y tener mi cartón. Aunque no me sirva para nada, porque después no me voy a acordar de nada de lo que estudie. Por lo de mi enfermedad. Pero igual quiero tener un título...”

Hizo una pausa, la perturbación era mayor, la incomodidad entre los pasajeros se podía oler. Yo me paré y fui a entregar mi colaboración voluntaria. Ya estaba llegando a mi estación y a pesar que tenía que bajarme del tren, mi curiosidad era mayor y quería saber cómo seguía el monólogo. Me acerqué, le pasé las monedas. Su mano era grande, gruesa y callosa. Me agradeció y continuó... “Ah! Y lo de mi aspecto, es raro, pero es porque no me quiero parecer a mi papá, él le pegaba a mi mamá y a mis hermanas y yo no quiero ser como él, por eso me visto diferente... también me quiero operar, me quiero cambiar de sexo, voy a juntar plata para esto porque quiero ser diferente”... El tren se detuvo, se abrieron las puertas y me baje.

¿Es el personaje de este relato un sujeto *subalterno*?, ¿Qué condición semejante lo ubica en el lugar que hemos estado explorando sobre las mujeres *subalternas*?, ¿Hacia dónde transita la *subalternidad*?

REFERENCIAS

- Green, Marcus. Gramsci Cannot Speak: Presentations and Interpretations of Gramsci's Concept of the Subaltern. Rethinking Marxism. Volume 14, Number 3 (Fall 2002). Traducción Dr. Sergio Fiedler.
- Mónica Szurmuk y Robert Mckee Irgwin, Coordinadores. Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos. Siglo XXI Editores S.A. México, Argentina, España.
- Rodríguez Freire, Raúl. Compilador. La (Re)vuelta de los Estudios Subalternos. Una cartografía a (Des)Tiempo. Ediciones QILLQA Universidad Católica del Norte. Ocho Libros Editores. Chile, 2011.
- Barraza Toledo, Vania. (In)Subordinadas. Raza, clase y filiación en la narrativa de mujeres latinoamericanas. Santiago: RIL editores, 2010.
- Hurtado, María de la Luz en Stiven, Ana María y Fernandois, Joaquín (Editores). Historia de las Mujeres en Chile. Tomo 1. Aguilar Chilena de Ediciones S.A. Santiago, 2010.
- Bladh, Carlos Eduardo. La República de Chile. 1821 – 1828. Citado en Guillermo Feliú Cruz. Santiago a comienzos del siglo XIX. Crónica de los viajeros. Santiago, Andrés Bello, 2001, p.242.
- Salazar Gabriel y Pinto, Julio. Historia Contemporánea de Chile IV. Hombría y Feminidad. LOM Ediciones. Santiago, 2002.